

por el pesar, y más hermosa que nunca, se deshacía en lágrimas en su rincón, lamentando su abandono.

Hasta aquí hemos reseñado lo que ocurrió á Ali-Nur. Ocupémonos ahora de lo que ocurrió al soberano Califa Harún al Rachid.



UANDO el cheique Ibrahim, que durante largo tiempo no había dicho una palabra, vió la salida de Ali-Nur, volviése hacia el Califa á quien seguía tomando por el pescador Karim, y gritó:

—¡Oh, mezquino y miserable pescador! Nos trajiste dos ó tres peces que apenas valdrian veinte monedas de cobre, y no contentándote con hundir en tu bolsillo tres dinares de oro, quieres apoderarte de la joven esclava! ¡Infame! Vas á darme inmediatamente la mitad del oro, cuando menos; y asimismo, poseeremos la esclava en común.

El Califa al oír estas palabras, después de lanzar una mirada terri-

ble al cheique Ibrahim, se acercó velozmente á una ventana y dió una palmada.

Giafar y Masrur, que solo aguardaban la señal del Califa, corrieron al salón; á una indicación de Harun, precipitóse Masrur sobre el cheique Ibrahim y le redujo á la inmovilidad. Giafar, que traía en brazos un vestido magnífico que se había apresurado á encargar, acercóse al Califa, despojóle de los harapos de pescador y le revistió de los espléndidos ropajes de seda y oro.

El cheique Ibrahim, azoradísimo, reconoció inmediatamente al Califa y se mordió los dedos, mas no podía dar entero crédito á cuanto veían sus ojos, y se decía:—¿Estoy dormido ó despierto?

Por fin, el Califa le dijo con su ordinaria entonación:

—Veamos, cheique Ibrahim, ¿á qué se debe que te encuentre hoy en estado tan deplorable?

El cheique, al oír al Califa sintió desvanecerse en un instante la confusión de su embriaguez, y arrojóse

al suelo ocultando la cara con la lengua barba, y recitando estos versos:

¡Oh, tú que riges á todos
otórgame tus perdones
ya que es el pecho magnánimo
distintivo de los nobles!

Obedeci á la locura,
hice lo que no debiera;
perdóname generoso
y vence por la nobleza.

—¡Te perdono!—dijo el Califa al cheique Ibrahim.

Y dirigiéndose á Dulce-Amiga, la tranquilizó con estas palabras:

—¡Oh, Dulce-Amiga! puesto que ves quien soy, nada temas, ven conmigo, que yo he de albergarte en mi palacio.

Cuando Dulce-Amiga hubo llegado al palacio, Harun la dió una bella estancia reservada y puso á sus órdenes gran número de criadas y esclavas. Y fué á visitarla y le dijo:

—Oh Dulce-Amiga, yo agradeci de tal suerte el don que me hizo de tu persona Ali-Nur, que acabo

de mandarle a Basora, elevado á la categoría de Sultán. Y si Alah quiere no tardaré en enviarle un regio vestido de gala, y tú misma irás á llevárselo. Y serás sultana, y vivirás con él rodeada de toda suerte de bienandanzas.

Yaquella noche Dulce-Amiga gozó de los más exquisitos halagos reservados á las favoritas.



BUENO será que nos interese-
mos ahora por la suerte
de Ali-Nur.

Cuando Ali-Nur ben-Kacan llegó, por la gracia de Alah, á la ciudad de Basora, fué directamente al palacio del Sultán Mohamed El-Zeini, subió á sus departamentos y lanzó un grito potentísimo. El Sultán oyó el grito, y se informó de la venida del extranjero y ordenó que le condujesen á su presencia.

Entró Ali-Nur en la estancia donde estaba el Sultán, y retiró del turbante la carta del Califa y se la entregó. Abrió el Sultán la carta, y reconoció el caracter de letra del Califa. Levantóse al punto, leyó atentamente el contenido del men-

saje, llevó tres veces á sus labios y á su frente la carta del Califa y dijo:

—¡Escucho y obedezco á Alah el Altísimo, y al Califa, Emir de los Creyentes!

Y sin perder tiempo ordenó que compareciesen ante él los cuatro cadíes de la ciudad y los principales emires, porque deseaba participarles su resolución de obedecer inmediatamente al Califa, abdicando el trono.

Pero en esta sazón entró en la estancia el gran visir El-Mohin ben-Sauí, antiguo enemigo de Ali-Nur y de su padre Fadledin ben-Kacan. Dióle el Sultán la carta del Emir de los Creyentes, y le dijo:

—¡Lee!

El visir Sauí tomó la carta, y la leyó y releyó, sumido en la mayor consternación; más de pronto desgarró la parte inferior de la carta con desenvoltura y rapidez, y, tomando el sello negro del Califa, se lo metió en la boca, lo mascó y lo arrojó á lo lejos.



...retiró del turbante la carta del Califa
y se la entregó.

El Sultán, presa de una terrible cólera, exclamó:

—¡Oh malaventurado! ¿Qué demonio te impulsó á cometer semejante desafuero, oh Sauí?

El visir respondió:

—¡Oh Rey! Puedes estar seguro de que este insolente no ha visto jamás al Califa, ni aún á su visir Giafar. Ali-Nur es un traidor, dechado de toda suerte de vicios y alevosías, y monstruo de perfidia. Debíó de hallar por casualidad un papel que contenía un escrito del Califa é imitó la escritura soberana y escribió cuanto le plugo. ¿Por qué piensas, oh Sultán, en abdicar el trono? Por ahora no recibiste á ningún mensajero del Sultán que traiga una patente escrita por su mano egregia. Además si fuese realmente el Califa el que ha enviado á este hombre, hubiera encargado á algún chambelán ó visir que le acompañase; mas Ali-Nur se ha presentado enteramente solo.

—¿Qué hago pues, oh Sauí?—preguntó el Califa.

—Oh Rey—dijo el visir;—confía á Ali-Nur á mi custodia, y yo llegaré al íntegro conocimiento de la verdad. Mandaréle á Bagdad con un chambelán que me cuente luego con exactitud lo ocurrido. Si lo que dice Ali-Nur es verdad, cuando regrese nos traerá una patente escrita por el Califa, más si fuese falso, el chambelán devolverá Ali-Nur á nuestro poder, y yo sabré vengarme de él terriblemente y hacerle expiar todas sus culpas presentes y pasadas.

El Sultán, dando crédito á las palabras del visir Sauí, acabó por creer que Ali-Nur era realmente un criminal, y no queriendo parecer por más tiempo víctima de un engaño, gritó á sus guardias, mientras la ira agitaba su cuerpo convulsivamente:

—¡Apoderáos de él!

Y los guardias cogieron á Ali-Nur y echáronle al suelo, y le dieron de palos hasta que cayó presa de gran congoja. Ordenó el Sultán que le encadenasen de pies y manos; y llamó al jefe de las cárceles. Y el jefe de

las cárceles no tardó en presentarse á Mohamed.

Llamábase Kutait el aludido jefe. Cuando el visir le vió, profirió estas palabras:

—Oh Kutait, por orden de nuestro dueño el Sultán, apodérate de este hombre y arrójale á la fosa más vil de las mazmorras, y castígale incessantemente con la tortura, sin dar jamás albergue en tu pecho á la duda ó á la compasión.

—¡Escucho y obedezco!—respondió Kutait.

Y apoderándose de Ali-Nur, condujole inmediatamente á las mazmorras.

Cuando Kutait hubo entrado en la mazmorra con Ali-Nur, cerró la puerta, é hizo barrer cuidadosamente el suelo y limpiar un banco que estaba detrás de la puerta; y cubrió el banco con una alfombra, y colocó encima una almohada. Acercóse luego á Ali-Nur, desató sus cadenas, le rogó que se sentara en el banco y le dijo:

—Jamás olvidaré, señor, que más

de una vez debí favores á tu padre, el difunto visir. Nada temas, pues no hallarás en mi pecho más que amistad y solicitud.

Y trató á Ali-Nur con toda suerte de atenciones y bondades, cuidando de que nada le faltara; y en cambio advertía diariamente al visir que Ali-Nur sufría los más horribles castigos. Y esta situación se prolongó por espacio de cuarenta días.

Al cabo de cuarenta y un días llegó al palacio un magnífico regalo para el Rey de parte del Califa.

Maravillóse el Rey de la riqueza del presente, y no comprendió por qué motivo se lo mandaba el Comendador de los Creyentes, reunió á sus emires y les pidió su parecer. Algunos emires dijeron que sin duda el designio del Califa había sido enviar un regalo al nuevo Sultán.

—¡Oh Rey!—exclamó entonces el visir Sauí.—¿No te dije siempre que el mejor partido que podíamos tomar con respecto á Ali-Nur era desembarazarnos de él? En mis palabras residía el dictamen de la prudencia.

—¡Por Alah!—exclamó el Sultán—recuérdasme la olvidada existencia de Ali-Nur. Vé en busca de él, y cuida de que que le corten la cabeza sin misericordia.

—¡Escucho y obedezco!—respondió Sauí.—No obstante, Señor, pareceme que fuera medida oportuna disponer que todos los pregoneros públicos anuncien á la ciudad el suplicio de Ali-Nur diciendo:—Cuantos desen presenciar la ejecución de Ali-Nur ben Kacan comparezcan al pie del palacio.—Y todo el mundo irá á ver la ejecución, y yo me vengaré, y mi corazón recobrará su lozania, y mi odio quedará satisfecho.

—Como te plazca—respondió el Sultán.

Regocijóse el pérfido visir sobremanera, y corrió á casa del gobernador, mandándole que hiciese pregonar por toda la ciudad la hora de la ejecución de Ali-Nur con los detalles necesarios. É inmediatamente se cumplió la orden del visir.

Al enterarse del pregón, los habi-

tantes de la ciudad sumiéronse en la aflicción y el desconsuelo más amargos, y lloraron todos, hasta los niños de las escuelas y los tenderos del mercado. Y todos se agitaron, apresurándose unos á ocupar los mejores sitios para ver el paso y la muerte de Ali-Nur, y otros á dirigirse á las puertas de la cárcel para seguir á Ali-Nur á modo de cortejo.

El visir ben-Sauí, acompañado de diez guardias corrió á la cárcel, y ordenó que abrieran la puerta y le dejaran el paso libre.

El jefe de las cárceles, Kutait, fingiendo ignorar el motivo que había llevado al visir hasta allí, le preguntó:

—¿Qué deseas, oh visir, señor mío?

—Conduce en seguida á mi presencia á ese carcomido—respondió ben-Sauí.

—Encuétrase en lastimoso estado á consecuencia de las torturas y golpes que se le administraron. Voy, no obstante, á obedecerte en seguida—dijo el jefe de las cárceles. Y se alejó, y dirigióse al lugar en que se

hallaba Ali-Nur, y compareció ante él mientras estaba el prisionero recitando blandamente estos versos:

Nadie mis males socorre,
y mis males aumentaron,
y el remedio es cada día
más difícil y más caro.

La ausencia dañó mi sangre
y ha consumido mi hálito;
convirtió el hado á los míos
en mis peores contrarios.

Muchos ven mis infortunios
y nadie me presta amparo,
ni quiere escuchar mis voces
ni dolerse de mi daño.

La muerte y sus agonias
ya no me infuden espanto;
de la esperanza engañosa
ví notorios los engaños.

Señor, tú á los mensajeros
de buena nueva guiando,
nos devuelves el consuelo,
nos fortaleces el ánimo.

¡Implórate mis heridas!
¡Librame del daño amargo!
Perdona todas mis culpas,
mis bajezas olvidando.

Cuando Ali-Nur hubo terminado su lamentación, Kutait se acercó á

él, le explicó el sesgo deplorable de los acontecimientos, y le ayudó á abandonar el vestido limpio y decente que le había dado sin que nadie se enterase, y le puso una sórdida vestidura que se caía de puro vieja y daba un aspecto lamentable á Ali-Nur. Luego condujo á éste á la presencia del visir Sauti que le aguardaba piafando de ira y de impaciencia. Al verle Ali-Nur comprendió toda la acerbidad del odio que le profesaba el antiguo enemigo de padre. A pesar de todo, le dijo:

—¡Oh Sauti, hème aquí! Confías enteramente en el destino, porque opinas que ha de serte favorable en toda ocasión. Crasísimo error y funestísima confianza. ¡Ignoras, acaso, las palabras del profeta de Alah:

Sentenciaron con orgullo,
lesionando la equidad;
y sentencia y orgullosos
en la nada caerán.

Y añadió Ali-Nur:

—En Alah, oh visir, reside únicamente el poder, y Él es única-

mente quien ordena las vidas de los seres.

—¿Crees, Ali, que vas á intimidarme con todas tus sentencias?—dijo el visir.—Te participo que hoy mismo van á cortarte la cabeza á pesar de tu cara lastimera y de la cara lastimera de todos los habitantes de Basora. É imitando tu modo de hablar, te diré con el poeta:

Obre el tiempo como guste,
diga el tiempo lo que quiera,
como venga la justicia
á hacer caso de mis quejas.

¡Y cuán admirable es el poeta que dice:

Vivir después de la muerte
del enemigo, aunque sea
por solo un día... ¿se vió
felicidad más completa?

Dicho esto, el visir ordenó á sus guardias que se apoderasen de Ali-Nur y le pusiesen sobre los lomos de un mulo. Mas los guardias vacilaron un instante al notar que la multitud miraba ansiosamente á Ali-Nur, diciéndole:

—Pronuncia una sola palabra, y

al instante lapidaremos al hombre funesto que ha maquinado tu pérdida y le despedazaremos, á pesar de todos los riesgos y peligros, aún á pesar de la salvación de las almas.

—¡No, no! No cometáis semejante delito—dijo Ali-Nur.—¿No conocéis los versos del poeta?

Para vivir en la tierra
al hombre fijóse un tiempo;
cuando su tiempo termina
ha de morir sin remedio.

Si en la selva los leones
acometieren mi cuerpo
nada temería, mientras
no concluyese mi tiempo.

Apoderáronse, finalmente, los guardias, de Ali-Nur, izáronle sobre los lomos del mulo, y la comitiva recorrió toda la ciudad hasta llegar al pié del palacio, bajo las ventanas del Sultán.

Y gritaban los guardias sin cesar:

—Este castigo merecen los que falsifican escrituras ajenas.

Luego colocaron á Ali-Nur en el lugar exacto del suplicio, donde la sangre era derramada de ordinario.

Y el ejecutor de la sentencia, con la espada desnuda en la mano, avanzando hacia Ali-Nur le dijo:

—¡Soy tu esclavo sumiso! Si deseas que cumpla algún encargo tuyo, dame ese encargo; si necesitas beber ó comer, ordena, y obedeceré. Quédante muy pocos instantes de vida; el Sultán saldrá á la ventana, y cuando se retire, perecerás.

Entonces Ali-Nur miró á derecha é izquierda y recitó estos versos:

Respondedme por favor
¿no he de hallar entre las gentes
un amigo piadoso
que quiera favorecerme?

Pasó el tiempo de mi vida
y mi destino llené;
¿no hay un hombre piadoso
junto al que va á perecer?

¿No hay quien mire mi agonía
y descubra mi dolor
y me dé un vaso de agua
mitigando mi aflicción?

Los concurrentes rompieron en sollozos, y el porta-espada fué al instante á buscar una vasija de agua y la presentó á Ali-Nur. Pero

ben-Sauí saltó rápidamente de su lugar, y golpeó la vasija, quebrándola, y gritó furiosamente:

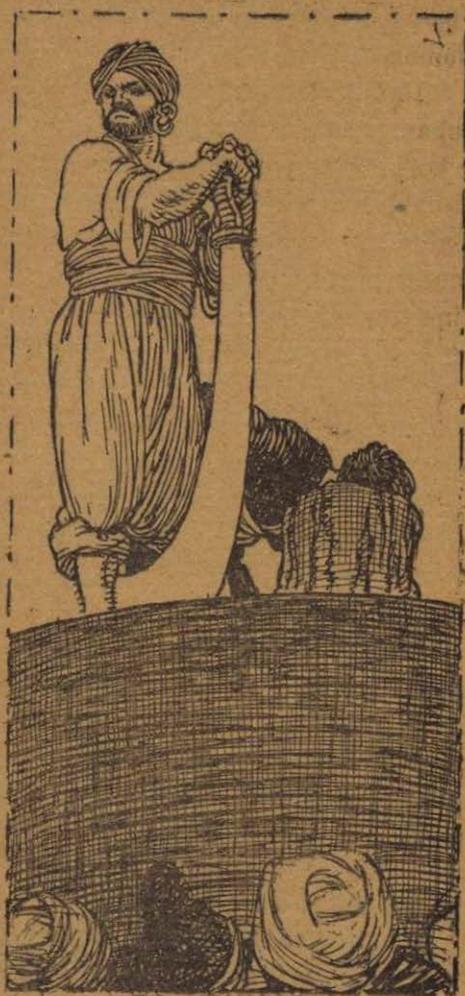
—¿Qué aguardas? ¿No le cortas el cuello?

El porta-espada tomó una venda y vendó los ojos de Ali-Nur. Ante semejante espectáculo, toda la multitud se alborotó contra el visir, y le colmó de insultos y vociferaciones; el tumulto se hizo universal é imponente. Y mientras rugía espantosa la agitación popular, columbróse á lo lejos una nube de polvo, y clamores confusos que se iban acercando repercutieron por el espacio.

Cuando tuvo noticia del alboroto y de la nube de polvo, el Sultán concentró toda su atención en lo que ocurría, y miró por la ventana de su palacio, diciendo á los que le rodeaban:

—Procurad enteraros inmediatamente de los acontecimientos.

—No es esta ocasión oportuna para entregarse á inquisiciones—respondió el visir Sauí.—Ante todo es pre-



El porta-espada tomó una venda y vendó los ojos de Ali-Nur.

ciso que cortemos la cabeza á ese hombre.

—Calla, Saui—dijo el Sultán,—y sepamos de una vez lo que pasa.

La nube de polvo levantábanla los caballos de Giafar, gran visir del Califa, y sus acompañantes. Debemos explicar el motivo de su repentina comparecencia.



EL Califa, después de haber dispuesto que se honrara á Dulce-Amiga en su palacio otorgándole categoría de Reina, pasó treinta días sin acordarse de ella, ni de la historia de Ali-Nur ben-Kacan, y ninguno de los suyos le hizo memoria de las aventuras de la noche transcurrida en el Palacio de las Maravillas.

Peró, una noche, al pasar el Califa al lado de la estancia destinada á Dulce-Amiga, oyó llantos y suspiros, y una voz suave y primorosa que cantaba levemente los versos del poeta:

Tu sombra, delicia mía,
no me abandona jamás.
Mi lengua dice tu nombre
y nunca lo olvidará.

Y al oír que los sollozos redoblaban al terminar el canto, Harún al Rachid abrió la puerta y entró en la estancia reservada. Y vió á Dulce-Amiga. Y Dulce-Amiga al ver al Califa se arrojó á sus pies y se los besó tres veces, recitando finalmente estos versos:

Hijo de una raza insigne
de toda tu sangre orgullo,
fértil rama á quien doblega
la riqueza de los frutos.

Deja que yo te recuerde
la promesa que me hiciste.
Liberal fué tu palabra
¡quiera Alah que no la olvides!

Pero el Califa que seguía sin acordarse de Dulce-Amiga, le preguntó:

—¿Quién eres, oh joven?

—Soy el regalo que te hizo Ali-Nur ben-Kacan. Deseo que cumplas la promesa que me hiciste de enviarme á su presencia con todos los homenajes debidos. Han pasado treinta días y perezco en mi estancia sin pegar los ojos ni un segundo.

El Califa después de oír á Dulce-

Amiga llamó á Giafar Al-Barmaki y le dijo:

—Hace treinta días que no tengo noticias de Ali-Nur ben-Kacan, y temo que el Sultán de Basora le haya condenado á muerte. Mas por mi cabeza y por la tumba de mis padres y mis abuelos juro que si ha ocurrido algún infortunio á ese joven, perecerá el que se lo haya causado, aunque fuese el mortal á quien yo más quisiera. Ordenote Giafar, que salgas para Basora al instante, y que vuelvas cuanto antes para decirme que ha sido del rey Mohamed ben-Soleiman El-Zeini, y como se ha portado con Ibn-Kacan Ali-Nur.

Giafar se puso en marcha precipitadamente.

Llegó á Basora y presenció el tumulto, el alboroto popular, las oleadas terribles de la multitud, y preguntó:

—¿Cuál ha sido la causa del tumulto?

Mil voces salidas de la muchedumbre se apresuraron á contarle todo lo ocurrido á Ali-Nur ben-Kacan. Gia-

far, enterado perfectamente, emprendió loca carrera hacia la real morada. Y subió á la estancia del Sultán y le deseó la paz y le contó el motivo de su venida y le dijo:

—Se me ordenó que en caso de haber ocurrido algún infortunio] á Ali-Nur, hiciese perecer al que se lo hubiese causado, y asimismo te hiciese expiar á ti, oh Sultán, el crimen cometido. ¿Dónde está Ali-Nur?

El Sultán ordenó que fuesen corriendo á la plaza en busca de Ali-Nur. Y apenas volvieron conduciendo al hijo de Fadledin, levantóse Giafar y ordenó á los guardias que se apoderasen del Sultán y del visir El Mohin ben-Sauí. Y al instante nombró á Ali-Nur Sultán de Basora y le sentó en el trono que había ocupado Mohamed El-Zeini, al cual mandó encarcelar en compañía de su visir.

Giafar permaneció en Basora por espacio de tres días, como exige la atildada urbanidad. A la mañana del cuarto día Ali-Nur se volvió hacia el gran visir de Harún y le dijo:

—Deseo ardientemente volver á ver al Emir de los Creyentes.

Giafar accedió á sus deseos y dijo:

—Recemos la plegaria matutina y salgamos luego para Bagdad.

Y elevaron á Alah la plegaria matutina, y Ali-Nur y Giafar, acompañados de los guardias y los caballeros y llevando con ellos al antiguo rey Mohamed El-Zeini y al visir Sauí tomaron el camino de Bagdad. Y durante el camino éste pudo meditar y de morderse los puños de coraje y arrepentimiento y Ali-Nur caracoleaba al lado de Giafar, y ambos conversaron alegremente hasta llegar á Bagdad, morada de paz.

Ali-Nur y Giafar presentáronse al Califa, y Giafar contó las aventuras de Ali-Nur. El Califa llamó á Ali-Nur y le dijo:

—¡Toma mi espada y corta con tu propia mano la cabeza de tu enemigo el aleve ben-Sauí!

Y Ali-Nur tomó la espada y se acercó al visir. Mas éste le contempló hondamente y le dijo:

—Oh Ali-Nur, yo obré contigo

según mi temperamento. No podía sustraerme á mi naturaleza y costumbres. Ruégote que tú también obres de conformidad con tu naturaleza y tus virtudes.

Ali-Nur arrojó la espada lejos de sí, miró al Califa y le dijo:

—Oh Emir de los Creyentes, estoy desarmado.

Y recitó los versos del poeta:

Sólo humillaré al contrario,
me dije, si es contumaz;
que al hombre puro le vencen
las palabras de bondad.

—¡Sea, abandónale!—exclamó el Califa. Y dijo á Masrur:—Oh Masrur, levántate y corta la cabeza á ese bellaco.

Y Masrur levantóse y cortó la cabeza del visir El Mohin ben-Sauí.

Volvióse entonces el Califa hacia Ali-Nur y le dijo:

—Pide ahora lo que quieras, que yo te daré cuanto desees en pago de tu generosidad.

Ali-Nur respondió:

—¡Oh dueño mio! No deseo reino alguno, y fácilmente olvidaré el tro-

no de Basora. Mi único deseo estriba en llevar un género de vida que con frecuencia me permita ver tus facciones, oh Emir de los Creyentes.

—¡Oh Ali-Nur!—exclamó el Califa.—De todo corazón te concedo esta gracia, homenaje debido á tu amor.

Ordenó el Califa que llamasen á Dulce-Amiga y la devolvió á Ali-Nur, y les dotó de grandes bienes y riquezas, y dióles uno de los mejores palacios de Bagdad y les señaló una abundantísima pensión. Y acabó por perdonar al Sultán Mohamed El-Zeini, al cual devolvió su estado, recomendándole que en lo sucesivo eligiese con más acierto á sus visires. Y todos vivieron dilatadamente en el seno de los placeres y la prosperidad.

FIN